CAPITULO 1

TODO MIEMBRO, INVOLUCRADO

Los discípulos, aquel día, estaban preocupados en velar por su Maestro. Deseaban que se alimentara, para resistir la jornada dura que les esperaba. Jesús, sin embargo les respondió de un modo extraño: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y llevar a cabo su obra. ¿Acaso no dicen ustedes: Aún faltan cuatro meses para el tiempo de la siega? Pues yo les digo: Alcen los ojos, y miren los campos, porque ya están blancos para la siega" (Juan 4:34, 35).

Hay dos pensamientos que merecen ser resaltados en la respuesta de Jesús.

-El primero es la importancia de llevar a cabo la Obra del Padre. No de cualquier forma, sino haciendo su voluntad.

-El segundo pensamiento es que los campos ya están blancos para la siega. ¡No hay tiempo que esperar! El mundo ya está maduro. Las personas sufren y buscan desesperadamente la solución para sus problemas en una infinidad de aparentes salidas, pero solo se frustran y pierden la esperanza. El pecado ya ha hecho mucho mal. ¡Es hora de que Jesús regrese!

Pero, la obra de proclamar las buenas nuevas de la salvación en Jesús debe ser terminada. **Todo miembro, involucrado es la forma de Dios de preparar a su pueblo y al mundo para la segunda venida de Jesús.**

¡Es tiempo de cosechar! Pero, no puede existir cosecha donde no se sembró ni se cultivó. Las campañas de evangelismo que realizamos son proyectos maravillosos de cosecha. Pero ¿cómo cosecharemos si no sembramos? Por otro lado, el trabajo de siembra debe ser realizado "conforme a la voluntad del Padre", y no de cualquier forma.

EL INVOLUCRAMIENTO DE TODOS LOS CREYENTES

Es fácil llegar a la conclusión de que estamos en el camino correcto porque cada año bautizamos miles de nuevos creyentes y los números de las estadísticas aumentan. Pero, si estudiamos el propósito que Jesús tenía en mente al confiarnos la misión, tal vez descubramos la triste realidad de que estamos haciendo lo que humanamente creemos que es mejor y no lo que el Maestro enseñó.

NO BASTA CON CORRER

No basta con correr. Es necesario saber por qué se corre. No es suficiente hacer. Hay que saber por qué se hace lo que se hace. En la Biblia, encontramos la historia de alguien que simplemente corrió, sin saber por qué corría.

A estas alturas, conviene hacernos las siguientes preguntas: ¿Cuál es la misión que Jesús nos encomendó? ¿Estamos haciendo la voluntad del Padre? ¿En qué consiste su voluntad al referirnos a la misión?

NO ES SOLO QUE PREDIQUEMOS EL EVANGELIO

Necesitamos entender que Dios no nos dio la misión porque necesite nuestra ayuda. Él es Dios. No conoce imposibles. Si quisiera, el mundo sería evangelizado en un segundo.

En cierta ocasión, le dijo a Zorobabel: “Yo no actúo por medio de un ejército, ni por la fuerza, sino por medio de mi espíritu” (Zacarías 4:6).
Se engaña a sí mismo quien cree que Dios necesita del ser humano para predicar el evangelio. El Espíritu de Profecía es categórico al afirmar que: “Dios podría haber alcanzado su objeto de salvar a los pecadores sin nuestra ayuda” (DTG 127).
Si se tratara solo de predicar el evangelio, Dios podría hacerlo sin nuestra ayuda. Pero él nos dio la misión porque nosotros, los creyentes, necesitamos predicar el evangelio para crecer en la vida cristiana.
“La única forma de crecer en la gracia es estar realizando con todo interés precisamente la obra que Cristo nos ha pedido que hagamos” (SC 127).

CON LOS ÁNGELES
Por otro lado, la predicación del evangelio podría llevarse a cabo mediante el ministerio de los ángeles. “Dios podría haber proclamado su verdad mediante ángeles inmaculados, pero tal no es su plan” (HAp 266).
Se enfatiza este concepto repetidas veces.
“El ángel enviado a Felipe podría haber efectuado por sí mismo la obra en favor del etíope; pero no es tal el modo que Dios tiene de obrar. Su plan es que los hombres trabajen en beneficio de sus prójimos” (ibíd. 90).
“Dios podría haber alcanzado su objeto de salvar a los pecadores, sin nuestra ayuda; pero, a fin de que podamos desarrollar un carácter como el de Cristo, debemos participar en su obra” (DTG 116).
Cualquier método que deje al creyente sentado, observando que los otros cumplan la misión, es ajeno al plan divino.

CON LOS ANIMALES O CON LAS PIEDRAS
Pero, no son solo los ángeles los que podrían predicar el evangelio. En cierta ocasión, Dios tenía un mensaje para Balaam. Cerca de él no había ningún evangelista, ni pastor, ni instructor bíblico. Solo había un asna. Y el texto bíblico relata: “Entonces el Señor hizo que el asna hablara” (Números 22:28). ¿Puede Dios usar hoy a los animales para predicar el evangelio? Podría, si quisiera. No solo a los animales, sino también a las cosas inanimadas. Cuando Jesús estuvo en la Tierra, afirmó: “Si éstos callaran, las piedras clamarían” (Lucas 19:40).
No obstante, el plan divino para la evangelización es otro. **Los seres humanos no podemos olvidar el plan divino y crear nuestros propios planes creyendo que de este modo estamos ayudando a Dios.** Si lo hacemos, corremos el riesgo de llegar al día final y descubrir que, aunque hicimos muchas cosas buenas, con la mejor de las intenciones, no hicimos la voluntad del Padre.

EL PLAN DIVINO
¿Cuál es, entonces, el plan divino con relación a la misión? Volvamos a leer la declaración inspirada: “Dios podría haber proclamado su verdad mediante ángeles inmaculados, pero tal no es su plan” (HAp 266).
Es evidente que Dios tiene un plan para el cumplimiento de su misión. Él sería injusto si nos diera solo la misión pero no nos enseñara la manera de cumplirla. **No se trata de inventar el método de hacer lo que él ya nos enseñó cómo hacer.** Y él nos enseñó que

“...cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

Ser testigo es atributo de seres humanos. Los animales o las cosas no pueden testificar. Un testigo es una persona que relata lo que ha visto o vivido.
De modo que cuando Jesús les encomendó la misión a sus discípulos, instantes antes de subir a los cielos, les estaba recordando algo que ya les había enseñado antes de su crucifixión: “Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todos los gentiles; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).
La expresión clave es “por testimonio”. Es un asunto de cada creyente. Un testimonio personal. No corporativo. Y se los recordó después de la resurrección, antes de subir a su Padre.
El Espíritu de Profecía dice al respecto: “Cristo se hallaba solamente a pocos pasos del Trono celestial cuando dio su comisión a sus discípulos. Incluyendo como misioneros a todos los que creyeran en su nombre, dijo: ‘Id por todo el mundo, predicad el evangelio a toda criatura’. El poder de Dios había de acompañarlos” (SC 14).

RESPONSABILIDAD DE CADA CREYENTE

No existe cumplimiento fiel de la misión sin la participación del ser humano. Esta participación puede ser colectiva, pero es mucho más individual.

“Durante su ministerio, Jesús había mantenido constantemente ante los discípulos el hecho de que ellos habrían de ser uno con él en su obra de rescatar al mundo de la esclavitud del pecado. Cuando envió a los Doce y más tarde a los Setenta a proclamar el Reino de Dios, les estaba enseñando su deber de impartir a otros lo que él les había hecho conocer. En toda su obra, los estaba preparando para una labor individual, que se extendería a medida que el número de ellos creciese, y finalmente alcanzaría las más apartadas regiones de la Tierra. La última lección que dio a sus seguidores era que se les habían encomendado, para el mundo, las alegres nuevas de la salvación” (ibíd. 26).
Hay tres pensamientos que se destacan en esta declaración:
- El primero es que “en toda su obra, los estaba preparando para una labor individual”.
-El segundo es que esta obra se “extendería a medida que el número de ellos creciese”.
-Tercero es que esta obra “finalmente alcanzaría las más apartadas regiones de la Tierra”. Analicemos estos tres pensamientos.

UNA OBRA INDIVIDUAL

“A cada uno se le ha asignado una obra, y nadie puede reemplazarlo. Cada uno tiene una misión de maravillosa importancia, que no puede descuidar o ignorar, pues su cumplimiento implica el bienestar de algún alma; y su descuido, el infortunio de alguien por quien Cristo murió” (RH, 12 de diciembre de 1893).
Este es un concepto precioso. Generalmente escribimos muchos libros y predicamos innumerables sermones al respecto. Pero, al momento de entrar en acción, nos olvidamos de las enseñanzas del Maestro. Preferimos levantar los ojos en busca de los métodos más fáciles, económicos y productivos. Y nunca estamos satisfechos con nada. Corremos de un lado a otro en busca del “método de moda” y dejamos de lado los consejos divinos como el siguiente:
“A todo aquel que se hace partícipe de su gracia, el Señor le señala una obra que hacer por los otros. Cada cual tiene que ocupar su puesto, diciendo: ‘Heme aquí, envíame a

mí'. Sobre el ministro de la Palabra, sobre el enfermero misionero, sobre el médico cristiano, sobre el cristiano individual, ora sea comerciante o agricultor, profesional o mecánico, sobre todos descansa la responsabilidad. Nuestra tarea es revelar a los hombres el evangelio de su salvación. Toda empresa en que nos empeñemos debe servirnos de medio para dicho fin" (MC 138).

"Dios espera un servicio personal de cada uno de aquellos a quienes ha confiado el conocimiento de la verdad para este tiempo. No todos pueden salir como misioneros a los países extranjeros, pero todos pueden ser misioneros en su propio ambiente para sus familias y su vecindario" (9T 30).

Nadie se puede omitir, o creer que porque colabora financieramente otra persona puede cumplir la misión que le fue asignada a él.

EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA SERÍA MÁS RÁPIDO

El resultado de cumplir la misión con la participación individual de cada creyente, como Jesús nos enseñó, sería que la Obra se "extendería a medida que el número de ellos creciese". Las palabras claves aquí son dos verbos: extender y crecer. Ambos denotan expansión, multiplicación y números. La Sierva del Señor no temía mencionar los números como un índice de crecimiento. Ella decía:

"Si cada adventista del séptimo día hubiese cumplido su parte, el número de creyentes sería ahora mucho mayor" (3JT 293).

Pero, observa que los números son el resultado de seguir el consejo divino, de involucrar a cada miembro en el cumplimiento de la misión. "Si cada adventista del séptimo día hubiese cumplido su parte", dice ella.

LA MISIÓN SERÍA CONCLUIDA

Este sería el segundo resultado de seguir el método divino de evangelización, donde la participación de cada creyente es indispensable: "...finalmente alcanzaría las más apartadas regiones de la Tierra". La Sierva de Dios tenía claro este concepto. Eso afirmaba ella a fines del siglo IXX. Y después repitió el concepto al decir que:

"Si cada uno de vosotros fuera un misionero vivo, el mensaje para este tiempo sería rápidamente proclamado en todos los países, a toda nación, tribu y lengua" (6T 438).

Nota que el secreto para la terminación de la obra, según ella, es "si cada adventista" "si cada uno de vosotros".

"El que llega a ser hijo de Dios ha de considerarse como eslabón de la cadena tendida para salvar al mundo. Debe considerarse uno con Cristo en su plan de misericordia, y salir con él a buscar y salvar los perdidos" (MC 98).

Este concepto de la cadena es extraordinario. En la mente de Cristo, cada uno debe buscar a uno, y después esos dos de- ben a hacer la misma cosa. Quiere decir que la multiplicación no sería aritmética, sino geométrica.

Nota que si cada miembro de iglesia fuera involucrado en la misión, y si en cada iglesia se elaborasen planes para que cada creyente se involucrara, el círculo se habría ensanchado hasta circuir el mundo.

TENDENCIA DE SUSTITUIR LO INDIVIDUAL POR LO CORPORATIVO

Creo que los líderes de la iglesia vivimos constantemente preocupados por cumplir la misión. En reuniones ministeriales, se oyen expresiones como estas: "La conferencia tal

bautizó tanto", o "La Unión tal alcanzó este año tantos nuevos miembros". Y los miembros, animados, exclaman "amén".
Pero, la pregunta es la siguiente: ¿Estamos cumpliendo de esa forma la misión que Jesús nos dejó?
Tal vez la Sierva de Dios responda mejor esta pregunta:
"En todas partes se nota una tendencia a reemplazar el esfuerzo individual por la obra de las organizaciones. La sabiduría humana tiende a consolidar, a centralizar, a formar grandes iglesias e instituciones. Muchos dejan a las instituciones y las organizaciones la tarea de practicar la beneficencia; se eximen del contacto con el mundo, y sus corazones se enfrían. Se absorben en sí mismos incapacitándose para recibir impresiones. El amor a Dios y a los hombres desaparece de su alma. Cristo encomien- da a sus discípulos una obra individual, una obra que no se puede delegar... El servir a los enfermos y a los pobres, el predicar el evangelio a los perdidos, no debe ser dejado al cuidado de juntas y organizaciones... Es la responsabilidad individual, el esfuerzo personal, el sacrificio propio, lo que exige el evangelio" (MC 137).
Según esta declaración, un cuerpo de instructores bíblicos no puede sustituir el trabajo individual de cada creyente. Que cada uno haga algo es la base de Todo miembro, involucrado.

Aquí se encuentran algunas ideas prácticas para involucrarse personalmente:

1. Participa de la Escuela Sabática Viva.
2. Lleva comida a una persona que no tenga hogar.
3. Dona ropa en condiciones en las que te gustaría que te donen.
4. Ora por cinco personas.

NOTA: Para saber más sobre TMI, Escuela Sabática Viva, Intercesores, Proyecto Jabes, Expobiblia, Revitalización del Discipulado, escribe a: ministeriopersonal@adventista.es

CONSOLIDA CONECTA VIVE COMUNICA

ACCIÓN INTEGRADA